



Impacto social de la muerte perinatal: aspectos antropológicos

J Erik Mendoza-Luján*

* Antropólogo Físico.

Dirección de Antropología Física, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

RESUMEN

La muerte perinatal se puede abordar desde el aspecto médico, legal, ético y sociocultural, por lo que es un evento transdisciplinario que exige un ejercicio de investigación que permita dilucidar los problemas a los que se pueden enfrentar los sujetos que se encuentran o se han visto inmersos en dicho evento. Por tal motivo, el presente trabajo aborda, desde la Antropología Filosófica y la Antropología de la Muerte, el impacto en los grupos y sujetos que se encuentran inmersos en el evento de la muerte perinatal.

Palabras clave: Muerte perinatal, antropología filosófica, antropología de la muerte.

ABSTRACT

Perinatal death can be approached from medical, legal, ethical and socio-cultural aspects, so it is a transdisciplinary event which requires an exercise of research that allows to elucidate those problems that could be faced by the subjects who are or have been involved in this event. For this reason, this work addresses, from philosophical anthropology and the anthropology of death, the impact on groups and individuals who are immersed in the event of perinatal death.

Key words: Perinatal death, philosophical anthropology, anthropology of death

*Así como una jornada bien empleada produce
un dulce sueño, así una vida bien usada causa una
dulce muerte.*

Leonardo Da Vinci

Hablar de muerte es hablar de la vida, a pesar de que no necesariamente el tema de la vida retome a la muerte en sí misma. El problema al que nos enfrentamos es la carga emocional que tiene el hablar de estos temas. En lo teórico, puede resultar frío para el deudo y/o moribundo; en el aspecto práctico, puede resultar harto subjetivo al interactuar con empatía.

Por otro lado, la muerte, la propia y cercana, aquella que nadie puede soportar ni afrontar en mi lugar, ese lugar de mi irreemplazabilidad, es decir, de mi singularidad; se hace uno responsable de su propio destino y fin, por lo que cada uno de nosotros nos rendimos ante el ideal de la buena muerte y el bien morir. Esta idea es la de tener una “vida” com-

pleta (otra introyección relativa a los ideales de un bien-estar y un bien-ser), una vida plena, para no arrepentirse de lo hecho y desfallecer en el lecho; así podemos decir “vida no me debes nada, vida no te debo nada, quedamos en paz”.

En este punto, nuestro conocimiento y experiencia relativos a la muerte parecieran suficientes, pero sufren un desbalance debido a la intrusión del fenómeno de la muerte perinatal. Si expresamos nuestra experiencia y conocimiento relativos al evento muerte, lo introyectado, para un ser que no experimentó lo que llamamos vida o ciclo vital –un individuo que no logró tener relaciones intersociales, en otras palabras, no tuvo la oportunidad de usar bien su vida para tener una dulce muerte–, es en ese sentido que todas nuestras teorías y prácticas se difuminan.

Abordar un fenómeno complejo como la muerte perinatal exige partir de una síntesis de los conocimientos previos sobre el mismo. La mejor forma de expresar esta síntesis es a través de conceptos

que delimiten el carácter y alcance de un hecho. Un concepto no es sólo una construcción abstracta, es una “reconstrucción racional [...], una síntesis en la cual se expresan los conocimientos adquiridos acerca de un proceso”.¹ Esto es, “con los conceptos actualizamos en cada etapa nuestra complejidad interna con objeto de actuar en las complejidades externas. Concebir, elaborar conceptualizaciones, es un trabajo teórico resultante de nuestras experiencias con el fin de desarrollar otras prácticas. Un concepto es un instrumento o una herramienta, algo, algo que nos ayuda a intervenir en lo real (interior o exterior).”

Así, el concepto es la suma de lo que conocemos acerca de una cosaⁱ del mundo. Siguiendo esta idea, podemos hablar de la muerte como el concepto de un evento, por lo que es necesario definir a partir de la suma de todo el conocimiento que se tiene acerca de esta cosa.

Iniciemos definiendo este evento tan temido y angustioso que denominamos “muerte”. La Rochefoucauld decía que ni el sol ni la muerte pueden mirarse cara a cara. Desde entonces, los astrónomos, con los recursos infinitos de su ciencia –de toda ciencia– han pesado el sol, calculado su edad, anunciado su fin. Pero la ciencia ha quedado como intimidada y temblorosa ante el otro sol, la muerte. La frase de Metchnikoff conserva su verdad: “Nuestra inteligencia tan atrevida, tan activa, apenas se ha ocupado de la muerte”.

Apenas, porque el hombre, o bien renuncia a mirar a la muerte, la pone entre paréntesis, la olvida –como se termina por olvidar al sol–, o bien, por el contrario, la mira con esa mirada fija, hipnótica, que se pierde en el estupor y de la que nacen los milagros. El hombre, que ha olvidado demasiado a la muerte, ha querido, igualmente demasiado, mirarla; se fijaba en sí mismo.²

Y sobre todo, no ha visto que el primer misterio era no la muerte, sino su actitud ante la muerte (no se sabe nada de la psicología de la muerte, dice Flugel). Ha considerado esta actitud como evidente, en vez de buscar sus secretos.

Así, la muerte se nos presenta con dos posibilidades para poder entenderla: como deceso, o sea, como un hecho que tiene lugar en el orden de las cosas naturales, o en su relación específica con la existencia humana.³

Como deceso, la muerte es un hecho natural como otros más y no tiene para el hombre un significado específico. Existen procedimientos objetivos para la comprobación de este hecho. Un médico, por ejemplo,

es llamado a comprobar el deceso de una persona y en este caso, tal deceso es un hecho comprobable, de *naturaleza biológica*, que puede tener consecuencias determinadas, pero indirectas, con relación a otras personas.

Lo mismo sucede cuando se considera la muerte como una condición de la economía general de la naturaleza viva o de la circulación de la vida o la materia. Marco Aurelio hablaba en este sentido de la igualdad de los hombres frente a la muerte, “Alejandro de Macedonia y su caballerizo, muertos se reducen a la misma situación: reabsorbidos ambos en las regiones seminales del mundo o dispersados ambos entre los átomos”.⁴ Shakespeare decía en el mismo sentido: “Alejandro murió, Alejandro fue sepultado, Alejandro hizo polvo; el polvo es tierra; y de la tierra se hace barro, y ¿por qué con ese barro en que se convirtió no podría taparse un barril de cerveza?”

En todos estos casos, se entiende por muerte el deceso en cualquier ser vivo y no se hace referencia específica al ser humano. Frente a la muerte así entendida, la única actitud filosófica posible es la expresada por Epicuro: “Cuando existimos, la muerte no existe y cuando está la muerte no existimos”.⁴

En el mismo sentido, Wittgenstein ha dicho: “La muerte no es un evento de la vida: no se vive la muerte”. Y Sartre ha insistido acerca de la insignificancia de la muerte: “La muerte es un puro hecho, como el nacimiento; viene hacia nosotros desde el exterior y nos transforma en exterioridad”. En el fondo no se distingue de manera alguna del nacimiento y denominamos “facticidad” a la identidad del nacimiento y la muerte.

Así entendida, la muerte no concierne propiamente a la existencia humana. El contraste entre la muerte así vista y la muerte como amenaza que incumbe a la existencia en particular ha sido muy bien expresado por León Tolstoi en el relato *La muerte de Iván Ilich*, en el cual el protagonista, que reconoce justa y válida la idea genérica de la muerte como deceso, se rebela ante la amenaza que la muerte hace pesar sobre él.

LA MUERTE EXPERIMENTADA, O LA MUERTE CON RELACIÓN A LA EXISTENCIA HUMANA

Al hablar de la muerte, necesariamente nos remitimos a la experiencia de la finitud, del cese de vida, que tiene cada persona al tener contacto con un cadáver. No podemos hablar de una experiencia

ⁱ Se habla de cosa en el sentido augeano, en donde el mundo se construye a partir de objetos materiales y simbólicos, siendo cosas naturales y cosas fabricadas.

transmitida en este caso, puesto que cada individuo aprenderá y aprehenderá la muerte en la medida de lo que signifique para sí mismo. Esto es, la muerte como palabra tiene un significado a partir de un signo que representa, pero el individuo significará a partir de lo sentido y vivido en el momento del acercamiento a la finitud.⁵

Entendido así, la muerte será simbolizada desde la perspectiva de la experiencia individual, pero al mismo tiempo, en el entendido que la especie *sapiens* es gregaria, la experiencia del restante de miembros de la comunidad contribuirá a consolidar un significado y símbolo propios que definan a la muerte; al mismo tiempo que tendremos símbolos que expresen la experiencia compartida con el resto de la especie.⁵

Así, desde una posibilidad específica, la muerte, en su relación con la existencia humana, puede ser entendida: a) como iniciación de un ciclo de vida; b) como fin de un ciclo de vida; c) como posibilidad existencial.

Como iniciación de un ciclo de vida, es entendida la muerte por muchas doctrinas que admiten la inmortalidad del alma. Para tales doctrinas, la muerte es lo que decía Platón: “La separación del alma del cuerpo. Con esta separación, se inicia, en efecto, el nuevo ciclo de vida del alma, ya se entienda este ciclo como el reencarnarse del alma en un nuevo cuerpo o como una vida incorpórea”. Plotino expresó esta concepción diciendo: “Si la vida y el alma existen después de la Muerte, la Muerte es un bien para el alma porque ejerce mejor su actividad sin el cuerpo. Y si con la Muerte el Alma entra a formar parte del Alma Universal: ¿qué mal puede haber para ella?”.

Idéntico concepto de la muerte se encuentra siempre que se considera la vida del hombre sobre la tierra como preparación o acercamiento a una vida diferente. Y aparece también cuando se afirma la inmortalidad impersonal de la vida, tal como lo hace Schopenhauer, quien compara la muerte con el ocaso del sol, que es, al mismo tiempo, el orto del sol en otro lugar.

El concepto de la muerte como fin de la vida ha sido expresado de diferentes maneras por los filósofos. Marco Aurelio lo entendía como reposo o cesación de los cuidados de la vida, concepto que aparece con frecuencia en las consideraciones de la sabiduría popular en torno a la muerte. “En la Muerte –decía Marco Aurelio– está el reposo de los contragolpes de los sentidos, de los movimientos impulsivos que nos arrojan aquí y allá como marionetas, de las divaga-

ciones de nuestros razonamientos, de los cuidados que debemos tener para el cuerpo.”

Leibniz concibió el fin del ciclo vital como disminución o decadencia de la vida; decía: “No se puede hablar de la generación total o de muerte perfecta, entendida rigurosamente como separación del alma. Lo que denominamos generación es desarrollo y aumento y lo que llamamos muerte es decadencia y disminución. En otros términos, con la muerte la vida disminuye y desciende a un nivel inferior, al de la apercepción o consciencia, en una especie de ‘aturdimiento’, pero no cesa.” A su vez, Hegel consideraba la muerte como el fin del ciclo de la existencia individual o finita por su imposibilidad de adecuarse a lo universal; menciona que “la inadecuación del animal a la universalidad es su enfermedad original y es el germen innato de la muerte. La negación de esta inadecuación es, precisamente, el incumplimiento de su destino”.

Por último, el concepto bíblico de la muerte como castigo del pecado original (*Génesis*, II, 17; *Romanos*, V, 12) es, al mismo tiempo, su concepto como conclusión del ciclo de la vida humana perfecta en Adán y el concepto de una limitación fundamental que la vida humana ha sufrido a partir del pecado de Adán. Dice Santo Tomás a este respecto: “la muerte, la enfermedad y cualquier defecto corporal dependen de un defecto en la sujeción del cuerpo al alma. Y como la rebelión del apetito carnal al espíritu es la pena del pecado de los primeros padres, tal es también la Muerte y todo otro defecto corpóreo”. Pero este segundo aspecto es propio de la teología cristiana; pertenece precisamente al concepto de la muerte como posibilidad existencial.

El concepto de muerte como posibilidad existencial implica que la muerte no es un acontecimiento particular, que se ubica en la iniciación o en el término de un ciclo de vida propio del hombre, sino una posibilidad siempre presente en la vida humana y de tal naturaleza que determina sus características fundamentales. A la consideración de la muerte en este sentido ha llevado, en la filosofía moderna, la denominada filosofía de la vida y Dilthey en especial, mencionando que “la relación que determina de un modo más profundo y general el sentimiento de nuestra existencia es la relación entre la vida y la muerte, pues la limitación de nuestra existencia por la muerte es siempre decisiva para nuestro modo de comprender y de valorar la vida”.⁶

La idea importante que Dilthey aquí expresa es la de que la muerte constituye una limitación de la existencia no ya en cuanto constituye el término, sino en cuanto constituye una condición que acompaña todos sus momentos. Esta concepción que reproduce de alguna manera, en el plano filosófico, la concepción de la muerte de la teología cristiana, ha sido expresada por Jaspers mediante el concepto de la situación-límite, esto es, una “situación decisiva, esencial, ligada a la naturaleza humana en cuanto tal e inevitablemente dada con el ser finito”.⁶

Basándose en estos precedentes, Heidegger ha considerado la muerte como la posibilidad de la imposibilidad existencial. “La cadente cotidianidad del ‘ser ahí’ conoce la certidumbre de la muerte y sin embargo esquiva el ‘ser cierto’. Pero este esquivarse atestigua... que la muerte tiene que concebirse como posibilidad más peculiar, irreverente, irrebasable y *cierta*.”⁷

Desde este punto de vista, o sea como posibilidad, “la muerte no da al ‘ser ahí’ nada que realizar ni nada que como real pudiera *ser* él mismo. La muerte es la posibilidad de la imposibilidad de todo conducirse a... de todo existir... En el ‘precursar’ la muerte indeterminadamente cierta se expone la existencia a una *amenaza* constantemente surgente de su ‘ahí mismo’... Mas el encontrarse capaz de mantener la amenaza constante y absoluta que para el ser más peculiar y singularizado del ‘ser ahí’ *ante* la nada de la posible imposibilidad de su existencia”.⁷

La expresión utilizada por Heidegger al definir la muerte como “la posible imposibilidad de la existencia” puede, con derecho, parecer contradictoria. Ha sido sugerida a Heidegger por su doctrina de la imposibilidad radical de la existencia: la muerte es la amenaza que tal imposibilidad hace pesar sobre la existencia misma. Si se quiere prescindir de esta interpretación de la existencia en términos de necesidad negativa, se puede decir que la muerte es “la nulidad posible de las posibilidades del hombre y de la total forma del hombre. Ya que toda posibilidad puede, como posibilidad, no ser, la muerte es la nulidad posible de cada una y de todas las posibilidades existenciales y constituye la limitación fundamental de la existencia humana como tal”.

Ambas maneras de entender la muerte son válidas, pero incompletas por separado. “La muerte es un proceso. Nada hay más difícil que situar en el tiempo el tránsito de la vida a la muerte [...], la muerte no se produce en un instante preciso, excepto para el

médico [...]. Se muere siempre progresivamente, no sólo en la agonía sino también en la muerte súbita, a la vez por grados y por partes: la muerte es un proceso, no un estado [...], es el tiempo que ponemos en morir. De este modo se distingue, junto a la *mors ipsa* o muerte propiamente dicha, que oficialmente pone fin a la vida y termina en el cadáver, la muerte más acá de la muerte, que coexiste con los procesos vitales desde la formación del huevo hasta las primeras fases de la agonía, y la muerte más allá de la muerte, cuando ésta deja de ser un término para convertirse en una esperanza (imaginaria), pero también porque la tanatomorfosis prosigue después del fallecimiento (dato concreto).”⁷

Así pues, para todos nosotros, los seres humanos, la muerte se nos presenta inevitablemente como objeto de nuestra experiencia y, por lo tanto, parte importante de nuestra continua y profunda reflexión. No hay manera en que podamos ponderar el curso y contenido de nuestra existencia sin tomar en cuenta la posibilidad de la muerte, la propia o la ajena.

LA CONSCIENCIA DE FINITUD

El saberse finito provoca en el hombre angustia. ¿Para qué existe la vida?, ¿cuál es el sentido de ésta? Si la muerte es el paso final, el punto sin retorno, ¿cuál es el sentido de vivir?, ¿dónde quedan las experiencias vividas?, ¿dónde y cómo voy a aplicarlas? Se vuelve obsesivo el miedo al fin, a la extinción total.⁸

Esta angustia se configura como un estado ansioso, marcado por una total incertidumbre y una imagen caótica del mundo por parte de quienes han estado expuestos a la finitud y pérdida. Se trata, según Freud, de un remedo de la angustia de castración: “Me mantengo fiel a la hipótesis de que la angustia ante la muerte debe considerarse como algo análogo a la angustia ante la emasculación”. Sin embargo, se ha observado que el término “angustia” sería impropio en este contexto, puesto que es una reacción emocional hacia un objeto no definido, siendo más propio utilizar el término “miedo” como reacción emocional ante un objeto determinado. El problema que viene de consuno con la idea de la muerte es su particularidad de ser un evento biológico definido, pero desconocido en la experiencia. Lo que provoca un caos emocional es lo desconocido, el “no objeto”, que afecta al nivel psíquico como algo indeterminado

y perceptible. En este sentido, pueden homologarse angustia y miedo.⁹

De esta manera, esta angustia a la finitud muestra, entre líneas, el miedo y sus efectos a no poder controlar el tiempo de vida, el tiempo propio que es responsabilidad individual de cada humano, sus experiencias y los vacíos que se forman por la ruptura en el tiempo y espacio propio y colectivo.⁹

Con base en lo expuesto, podemos observar que la muerte es un asunto colectivo, pero se experimenta o “vive” de forma individual. Asimismo, se expresa como proceso en el tiempo y se le idealiza como la culminación de una “vida” larga.

Ahora bien, la muerte perinatal, objeto de este trabajo, se contraponen con el ideal de una muerte después de ser longevos en la medida que se considera muerte perinatal al deceso de un producto dentro de la semana gestacional número 22 y los primeros siete días postparto.

Si tomamos en cuenta las definiciones de muerte, la perinatal se acerca más al deceso como descripción de un evento que acaece a los seres animados, pero también tiene incidencia en la experiencia individual de los deudos.

Una muerte perinatal es el resultado final de la interacción de una serie de factores presentes en el proceso de gestación. El componente social se destaca entre ellos, específicamente en lo relacionado con el acceso económico, educativo, legal o familiar de la madre, así como la oportunidad y eficiencia de los servicios de salud. Por este motivo, son considerados indicadores universales tanto de condiciones de vida, como de la calidad y acceso a los servicios de salud.

Estas definiciones del evento muerte perinatal son recopiladas en un estudio realizado por poco menos de 70 especialistas y 50 instituciones de 18 países que, tras dos años de trabajo, se publicó en el último número especial monográfico de la revista británica *The Lancet*, en el que se pone de manifiesto la tragedia de las muertes que se producen antes y durante el parto, especialmente en los países en vías de desarrollo.

En este estudio, se menciona que existen 2.6 millones de defunciones perinatales anuales (unas 7,000 muertes al día), siendo los países en vías de desarrollo donde tienen lugar el 98% de los casos. Las causas reconocidas son una mala atención al embarazo o bien, por infecciones maternas. El estudio señala que sólo un 5% de estos fallecimientos se debe a malfor-

maciones o anomalías genéticas. La importancia de una buena atención médica, educación sexual e higiene, o de la labor de las matronas en estos ámbitos es fundamental.

De los 2.6 millones de muertes, 1.4 millones tienen lugar en el útero materno, y los otros 1.2 millones se producen por complicaciones durante el parto.

Este estudio sobre la muerte perinatal resulta ser un tanto más tendencioso en cifras; si leemos entre líneas, la causa real del evento es la pobreza, la falta de políticas públicas que lleven a un bienestar social. En este sentido, la muerte perinatal se manifiesta como un problema para los gobiernos en cuestión de acceso a la información, educación, atención médica oportuna y de calidad.

Al mismo tiempo que el evento muerte perinatal se convierte en un proceso frío y lejano, se constriñe y aísla en las oficinas gubernamentales y en los círculos académicos y profesionales, dejando a un lado las relaciones psicoafectivas e interpersonales que se conforman a partir de la experiencia del suceso.

A fin de cuentas, los programas de política pública pueden ayudar a que no ocurra el evento, pero el hecho, lo que se encuentra presente, sea por pobreza u otros motivos, es que existe un muerto; y es la experiencia resultante del proceso que llevó a la pérdida de un miembro de la familia, la comunidad o la sociedad, lo que tiene efectos reales sobre la dinámica socio-cultural.

Es en este punto que la idea de la muerte provoca discontinuidades en nuestro pensamiento. El proceso del duelo, sus etapas, se experimentará con mayor intensidad, provocando aplazamientos en la aceptación de la pérdida. Los rituales funerarios, encargados de ayudar en la aceptación, deberán cambiar para cumplir con su objetivo. El apoyo de la familia y la comunidad tiene que ser más prolongado e incluyente.¹⁰

El problema que deriva todo lo anterior es el desgaste en las relaciones interpersonales e intrapersonales. Surgen nuevas angustias, como es la incapacidad de volver a embarazarse, el aislamiento social, la baja en la productividad y poca responsabilidad en los roles sociales. Estos puntos no son abordados en las políticas públicas, siendo importantes para el bienestar social de los individuos.

Así, el evento muerte perinatal no es una cuestión sólo de políticas públicas, tampoco es exclusivo de los círculos académicos. Es una cuestión de muerte

trágica que afecta a los individuos y sus relaciones, a la sociedad y su estructura; por ende, se relaciona en lo psicoafectivo, lo religioso, lo social y cultural. Es nuestra labor tratar este evento desde los diversos enfoques para poder difundir y aplicar los apoyos para los deudos, la reestructuración del tejido grupal y restablecer la dinámica social.

REFERENCIAS

1. De Gortari E. Introducción a la lógica dialéctica. México: UNAM-Fondo de Cultura Económica; 1974.
2. Ariés Ph. El hombre ante la muerte. Madrid: Taurus Humanidades; 1982.
3. Carse JP. Muerte y existencia. México: Fondo de Cultura Económica; 1987.
4. Abbagnano N. Diccionario de Filosofía. México: FCE; 1961.
5. Olivé L. La muerte. Algunos problemas filosóficos. Ciencias. 1995; 38: 55-65.
6. Thomas LV. Antropología de la muerte. México: FCE; 1982.
7. Thomas LV. La muerte. España: Paidós Studio; 1991.
8. Jankelevitch V. La muerte. España: Pretextos; 2002.
9. Derrida J. Dar la muerte. España: Paidós; 2006.
10. Klarsteld A, Revah F. Biologie de la mort. España: Editorial Complutense; 2002.

Correspondencia:

Antropólogo J Erik Mendoza Luján
Instituto Nacional de Antropología e Historia
Reforma y Gandhi s/n,
Col. Polanco, 11560,
Del. Miguel Hidalgo, México, D.F.
Tels. 4040-5300/55536204
E-mail: erik_mendoza@inah.gob.mx